

Compromiso y consenso

El documento de Santo Domingo no es fruto de un consenso. El expresa apenas un compromiso. Y diríamos, un compromiso de última hora. Pero un compromiso necesario para salvar la unidad del Episcopado y el magisterio de la Iglesia latinoamericana, aspectos en los que sí había un consenso casi total. Así pues, si no hubo consenso sobre el contenido del documento, sí lo hubo en que se llegara al compromiso de este documento. Por eso los obispos regresaron a sus bases relativamente satisfechos y sobre todo aliviados por el desenlace de la Asamblea.

Esto significa que de hecho se acepta esta unidad internamente diferenciada. Para unos esto es un mal menor, ya que para ellos hubiera sido deseable cerrar filas en torno a la propuesta de quienes dirigieron la conferencia. Para otros éste es el estado normal de una institución como la Iglesia en la que lo deseable es que el Espíritu con suavidad vaya conformando trayectorias y direcciones, lo cual sucede cuando cada quien se abre a su movimiento y existe libertad para irse situando por donde él va llevando. Y eso no se hace por decreto.

El modo como fue conducida la conferencia (en la que no reinó precisamente la democracia) y la dificultad de llegar al documento final hacen pensar que quienes controlaron la asamblea tratarán de seguir haciendo lo mismo con sus participantes y en general con la Iglesia latinoamericana. También significa que la mayoría, que anda por esos caminos de Dios, harán lo posible, tanto por continuar por ellos, como por mantener esta difícil unidad, que sin embargo, aunque dé dolor, nadie desea romper.

Muchos obispos, que viven centrados en su oficio pastoral, tratando de acompañar y defender a sus pueblos en esta hora de lobos, y que en ese camino exigente y difícil encuentran sin embargo alegría (que es signo inequívoco de autenticidad evangélica) se preguntaban en la conferencia por qué se desconfía de ellos. No podían comprender cómo no se valoraba, respaldaba y fomentaba eso que ellos vivían como seguimiento del Buen Pastor y participación de su Espíritu. La mayoría de los obispos asambleístas se veían a sí mismos como personas que, tras un proceso doloroso de reacomodo personal e institucional, habían aceptado por fin la propuesta de Medellín y Puebla, y están dedicados en cuerpo y alma a hacerla verdad. Cuando se ven enrumbados y en paz, entregados a su tarea, sienten que no se les reconoce su orientación. No es que abiertamente se les contradiga o que se descalifiquen sus opciones pastorales. Pero palpan que se les quiere llevar por otro camino.

Hay analistas que todo lo achacan a la voluntad de poder del Vaticano y de los episcopados y obispos latinoamericanos que van en esa misma dirección. Es cierto que el poder es una pendiente inclinada en las macroinstituciones y una tentación permanente en la eclesiástica el rumbo y la fidelidad.

Pero a nosotros no nos parece que esta explicación dé cuenta cabal de lo que ocurre. Creemos que explica más el modelo eclesial y la propuesta pastoral subyacentes; aunque ambos tengan que ver con prácticas eclesiológicas, que en ellos reciben coherencia y justificación. Es decir, que cuando se habla de Nueva Evangelización en la Iglesia latinoamericana nos estamos refiriendo a proyectos pastorales distintos y no fácilmente compaginables.

La Nueva Evangelización tiene que ver con un modo de leer la historia de la evangelización y los retos de la hora. Pues bien, en todos los textos preparatorios y durante la conferencia, hubo una polémica tenaz respecto de la valoración de la obra de la Iglesia en América Latina. La mayoría pedía un discernimiento que hiciera justicia a esta historia de gracia y pecado para que, apoyándonos en lo mejor de ella, podamos superar lo que a través de estos quinientos años se ve que no es cauce adecuado para el evangelio. Quienes controlaron la redacción del texto ignoraron estos requerimientos. ¿Por qué esa elusión sistemática?

Se les quiere llevar por otro camino

Proyectos pastorales distintos

¿Una nueva edición de la cristiandad?

Nuestra hipótesis es que la negativa al discernimiento del pasado obedece a que, con las imprescindibles modificaciones del caso, se lo quiere continuar. En el Documento de Trabajo se insistía en que la Nueva Evangelización y la Cultura Cristiana no eran una nueva edición de la cristiandad. Estas afirmaciones no aparecen sin embargo en el texto de la IV Conferencia porque quienes la controlaron sí parecen estar pensando en una Nueva Cristiandad. Lo que proyectan es borrar el proceso que inició la Ilustración (que inspiró a la Independencia) y que desarrollaron las repúblicas declinónicas, para volver a anudar con los tiempos barrocos, forjadores de América Latina en la figura histórica de una cristiandad.

Por eso apuestan por la Integración latinoamericana y se insiste en que no debe ser prevalentemente económica: "América Latina y el Caribe configuran un continente multiétnico y pluricultural. En él conviven en general pueblos aborígenes, afroamericanos, mestizos y descendientes de Europeos y Asiáticos, cada cual con su propia cultura que los sitúa en su respectiva identidad social, de acuerdo con la cosmovisión de cada pueblo, pero buscan su unidad desde la identidad católica" (244).

Si lo único que une a AL es la identidad católica, la propuesta es afinarse en ella, superando el secularismo, el indiferentismo y el divisionismo de las sectas. Decíamos que la Nueva Evangelización se especifica por la manera de captar los retos de la hora. Pues bien, desde esta perspectiva esos serían los retos cruciales. Claro está que también se desea sinceramente acabar con la corrupción y la injusticia. Pero se confía en que éstas irán desapareciendo a medida que se revitalicen las energías religiosas y los latinoamericanos vuelvan a ser miembros de la Iglesia, a medida que la cultura cristiana impregne el ambiente, tan secularizado hoy en día.

La identidad católica no puede ejercitarse frontalmente en la lucha cívica por la liberación, ya que entonces provocaría divisiones, ella que es el único lazo de unión. Por eso se elude sistemáticamente no sólo la palabra sino el contenido cristiano de la liberación y se lo sustituye por el de la reconciliación. Esto es así porque en definitiva para ellos el concepto de liberación se reduce al de reconciliación: "En Jesucristo tenemos la liberación integral para cada uno de nosotros y para nuestros pueblos: liberación del pecado, de la muerte y de la esclavitud que está hecha de perdón y de reconciliación" (123).

Por eso congruentemente el concepto de Iglesia que se maneja es el de comunión. "Por tanto se hace necesario vivir la reconciliación en la Iglesia, recorrer todavía el camino de unidad y comunión" (68). Ya que "las situaciones trágicas de injusticia y sufrimiento de nuestra América (...) piden respuestas que sólo podrá dar una Iglesia signo de reconciliación y portadora de vida" (23). Para eso se pide a los bautizados que cobren nuevo ardor y pasen a ser laicos activos, que se formen bien, que se asocien y que lleven los valores y consignas cristianas a su mundo secular para que ese mundo vuelva a tomar en cuenta la trascendencia y al admitir a Dios y a sus representantes dé lugar a "una cultura de la reconciliación y la solidaridad".

Estos valores cristianos, al ser consecuencia de la admisión de la dimensión trascendente, requieren su ámbito adecuado: "La moral cristiana sólo se entiende dentro de la Iglesia" (231). Fuera de la Iglesia se daría el ámbito natural, necesitado del sobrenatural para ser preservado, purificado y plenificado. Eso es lo que hace la Iglesia en las culturas, poseedoras también de elementos naturales valiosos, junto con pecados. Por eso la finalidad de la evangelización es la formación de una cultura cristiana, objetivo imposible de lograr sin la acción de la Iglesia. Por eso esta Iglesia debe fomentar su organicidad, su unidad de inspiración, dirección y acción.

En esta perspectiva, tan fuertemente institucionalista, la dinámica de base aparece como disgregadora. No se confía en una pastoral de conjunto que arranque desde las bases (como lo había previsto Medellín). Porque en definitiva no se espera mucho del potencial evangelizador de los pobres (que había reconocido Puebla) ni de su capacidad de constituirse, desde su propia realidad cultural, en sujetos en la Iglesia y en la sociedad. Más bien se propicia su formación para que se integren a "nuestro predominante estilo de vida común" (252) que es la cultura occidental que se gesta en las metrópolis, "sede y motor de la nueva civilización universal" (255).

Esta voluntad integracionista es la que sacó de circulación todo lo relativo a la cultura de los barrios, presente abundantemente en todos los documentos preparatorios de la Conferencia.

Desde esta perspectiva lo que se dice de inculturar el Evangelio a las culturas autóctonas y

Reconciliación en vez de Liberación

Recristianización institucionista

El rumbo de la mayoría

afroamericanas se entiende como reconocimiento de restos residuales irrecuperables, que, en su condición de tales, pueden mantener su diferencia. Para todos los demás, inculturar el evangelio sería reintroducirlo con nuevo ardor en la cultura latinoamericana, indiferente o secularizada, para que la transforme desde dentro.

En el caso de América Latina esta inculturación sería Nueva Evangelización porque "nos seguimos encontrando con las huellas vivas de una cultura de siglos, en cuyo núcleo está presente el Evangelio" (21). Si "la historia nos muestra que se llevó a cabo una válida, fecunda y admirable obra evangelizadora" (18) ¿para qué cambiar de camino? ¿Por qué no volver a transitarlo, al modo que es posible en la figura histórica actual?

Esta propuesta sí es un verdadero cambio de rumbo respecto de la propuesta de Medellín, donde la institución eclesial se desolidarizó del orden establecido (calificándolo de violencia institucionalizada) y se propuso transformarlo desde el reverso de la historia. El santo y seña de Medellín fue consiguientemente la propuesta de "alentar y favorecer todos los esfuerzos del pueblo por crear y consolidar sus propias organizaciones de base" (Paz 27). En Puebla se encontró el componente cultural, no sólo sociopolítico de esta opción, y por eso se desarrolló el aspecto de la cultura popular y sobre todo el de la religión del pueblo. También se apoyaron las CEBs como este nuevo modo de ser Iglesia, que nació de esta alianza entre la institución eclesial y el pueblo. En Santo Domingo, prosiguiendo esa línea, se hubiera podido subrayar que los pobres son también diferentes y haber especificado las diversas culturas populares, empezando por las indígenas y las afroamericanas (con su peculiar vinculación a la tierra); continuando el sesgo diferenciador, se podía haber insistido en la peculiaridad de la condición femenina y en el difícil y golpeado mundo de los jóvenes. Todo esto, en un escenario marcado por el empobrecimiento creciente, que exige dosis muy fuertes de solidaridad. Se podía haber convocado, para su revitalización y salvación (así lo hizo la Centesimus Annus), a las demás clases sociales a diseñar una cultura de la democracia y una economía de la solidaridad, desde la óptica de los pobres. Hay que decir que todo esto está en el documento de Santo Domingo. Y así podemos hablar de una continuidad real con Medellín y Puebla, como lo subraya el propio documento solemnemente en sus opciones.

Esta continuidad, vivida como fidelidad, fue lo que constataron la mayoría de los obispos en el desarrollo de la conferencia. Señaladamente la mayoría de los episcopados de Uruguay, Paraguay, Bolivia, Chile, Ecuador, Guatemala, Honduras, Panamá, Venezuela y Brasil, y figuras bien destacadas de otros episcopados. Esta constatación gozosa se refleja en los puntos susodichos del documento.

El criterio de Gamaliel

Sin embargo sí es cierto que antes de la conferencia y durante su preparación y desarrollo se quiso llevar al episcopado latinoamericano por otra dirección. Ambas quedan plasmadas en el documento. Creemos que en esas circunstancias el discernimiento cristiano pasa por el criterio de Gamaliel. Pero para eso es imprescindible la libertad espiritual, que implica el reconocimiento del Espíritu, de la buena intención y de la corresponsabilidad de todos los miembros de la Iglesia latinoamericana, y el diálogo sobre lo que cada camino va dando de sí. Y el convencimiento de que a veces el consenso apresurado no es lo más fecundo; y que mantener las diferencias en la comunión, aunque dé dolor, a la larga puede dar mucho fruto. Si éste es efectivamente el camino escogido, en él se irán tejiendo compromisos concretos que darán lugar a futuros consensos.

Nuevos teléfonos del Centro Gumilla

564 98 03 - 564 75 57 - 564 58 71

y

nuevas tarifas de la Revista SIC para 1993:

VENEZUELA		EXTRANJERO	Bs.	US\$
Correo ordinario	Bs. 900,00	Correo ordinario:	1.300,00	20,00
Suscripción de apoyo	Bs. 1.500,00	Correo aéreo:		
Número suelto:	Bs. 100,00	* América	1.600,00	25,00
		* Otros países	2.000,00	30,00
		Suscripción de apoyo	2.500,00	50,00